

Àngel Font

La cara amarga de la Iglesia



PUBLI CORINTI

1

—¡A...punten! ¡Fuego!

¡Aterrorador! Fue su primera orden de disparo. En el último fusilamiento todavía estaba formando fila entre los que disparaban. Ahora lucía en su gorra una graduación superior, un eslabón más en la jerarquía militar. Un ascenso maldito para un lucimiento imposible de unas órdenes que le perseguirían el resto de sus días.

—¡Fuego!

Simó acababa de ordenar a su pelotón que disparara contra un ser humano con las manos atadas a la espalda y los ojos vendados. Después, se acercó pistola en mano. Seguramente no sería necesario el tiro de gracia: había caído fulminado, cosido a balazos.

—¡Malditos curas! ¡Tienen más vidas que los gatos!
—chillaba para acallar su conciencia e impresionar al pelotón.

El hombre al que acababan de ajusticiar era un anciano sacerdote de pueblo, un ser que jamás había hecho otra cosa que el bien. Moría asesinado por los

Àngel Font

criminales de toda guerra en cualquiera de los bandos. Su único delito fue dormirse en el confesionario y, además, roncar.

Algunos años antes de la ominosa contienda, que casi consiguió que media España aniquilara a la otra media, el anciano cura rural estaba sentado en el confesionario leyendo el breviario. El olor a cera quemada, la música del órgano y la hora avanzada de la mañana le sumieron en un dulce sueño.

—Ave María Purísima.

El pecador no halló respuesta a su saludo.

—¡Ave María Purísima! —repitió el joven, arrodillado en el lado del confesionario reservado a los hombres.

La Iglesia siempre ha tenido muy claras la diferencias de sexo. En la misa, los hombres debían sentarse a la izquierda y las mujeres a la derecha, y mil discriminaciones más que la han mantenido *pura* hasta nuestros días.

El párroco emitía fuertes y sonoros ronquidos que le impedían oír el saludo del pecador arrepentido. Éste se sintió humillado y gritó despectivamente:

—¡Ave María Purísima, coño!

—Sin pecado concebida. ¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas? ¿Cuántos pecados tienes, sin contar la última grosería que acabas de decir?

—¿Se refiere usted al *coño*?

—¡Lárgate, que te confiese otro! Ni yo ni Dios vamos a perdonarte. ¡Fuera!

—*Qué insolencia, estos jóvenes se creen muy modernos. No se puede faltar al respeto así a un ministro del Señor. A quienes*

La cara amarga de la Iglesia

perdonéis sus pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retuvierais, les serán retenidos.

El cura estaba furioso. Salió de la garita de archivar pecados dando un portazo y se dirigió a la sacristía. Necesitaba un trago. Abrió la puerta del armario donde guardaba las vinajeras con agua y vino, cogió esta última, quitó el tapón y se tragó de un sorbo su contenido. Aunque, después, casi lo escupe al oír una voz a su espalda:

—¿Así que hoy no tiene humor para perdonar? —dijo el joven al que acababa de echar del confesionario—. Pues mire que le digo, sus historias me traen sin cuidado, sólo fui a confesarme porque se lo prometí a mi novia. Cada vez que follamos me obliga a venir.

Quiso ser despectivo y le sobró despecho; el cura estaba que ardía.

—Vete, soy yo quien ejerce el derecho de perdonar, tú ya estás condenado, no voy a confesarte —el vino de misa le había embravecido—. ¡Lárgate de mi iglesia!

—¿Qué dice? Esta iglesia es del pueblo.

—¡Fuera!

—¡Algún día le condenaremos por esto!

Se vivían días revueltos, de amenazas inverosímiles que el revanchismo —un mal ejemplo procedente de la misma cúpula del poder— podía realizar por disparatadas que parecieran. Aquel joven, hablando en nombre de no se sabe quién, se erigió en juez diciendo que, por aquello, algún día lo iban a condenar.

—¡Fuera! —repitió el cura con la autoridad de que estaba revestido por la jerarquía de la Iglesia y el respeto de los feligreses.

Àngel Font

Pasó el tiempo sin borrar antiguos rencores. Un grupo de revolucionarios, capitaneados por el ofendido penitente, fue a buscar al cura. Arrasaron la rectoría, lo maniataron y le hicieron subir a una camioneta junto a otros desdichados. Después de unas semanas de cárcel y tras ser hallado culpable de todos los males que azotaban al pueblo, a la comarca, a España y al mundo, decidieron fusilarlo: la humanidad mejoraría al dejar de compartir el mismo planeta con semejante criminal.

Simó, ejecutor ejemplar de las órdenes de un ejército que purificaba el país de aquellos cuyo único oficio era embaucar al pueblo para que continuara siendo sumiso y se resignara a su miseria de toda la vida con la meta de alcanzar la gloria en el Cielo, tenía al capellán en el punto de mira de su pistola. Simó no conocía de nada al pobre diablo. Sus párpados seguían moviéndose, aunque el resto del cuerpo permanecía inerte, lleno de entradas de bala, muchas de las cuales habrían bastado para matarlo.

Éste iba a ser su primer tiro de gracia. Su nueva estrella y rango le obligaban. Pensó en las veces que había visto hacerlo a su jefe; a su antecesor se le antojaba tan fácil como ahuyentar con la paleta a un insecto molesto. Y, además, lo hacía mientras fumaba. Daba una calada al cigarrillo, disparaba, y daba dos caladas seguidas. Luego, exhalaba complacido el humo por la nariz y la boca. Se giraba hacia el pelotón y ordenaba:

—¡Fir...mes! ¡Media vuelta... ar! ¡Armas...al hombro...ar!
¡Mar...chen!

Inmediatamente después de dar la orden, seguía al pelotón, sin volver la vista atrás, sin arrugar la frente y

La cara amarga de la Iglesia

sin pestañear. Pura rutina. Tras unos pasos, escupía la colilla junto a un salivazo que siempre atinaba en el blanco previsto.

Simó no se planteó, ni por un momento, si sabría cumplir con su deber. Tampoco le preocupaba su conciencia ni el temor a ningún castigo divino. Sólo quería hacerlo tan bien, tan militar, tan perfecto como lo hacía su superior.

—¡Ya no pestañearás más! ¡Cabrón! —chilló. Quería tener la suficiente valentía para ser tan vil y cobarde.

La bala le atravesó la sien. El sonido reventó los oídos de Simó. Cuando iba a dar una media vuelta militar, observó que algo salía de la boca del cura. Se agachó con curiosidad. Un objeto metálico asomaba entre los labios del fusilado, se acercó sorprendido a la destrozada cabeza.

—¿Qué coño es esto?

Tiró del objeto, pero éste se resistía a salir de la boca del mártir. Estaba trabado por dentro. Simó tiró con más fuerza hasta arrancarlo.

Un sencillo objeto quedó colgando entre sus manos. Palideció. Se giró mecánicamente hacia sus soldados. Éstos, al ver a su superior con aquel objeto inesperado en la mano temblorosa, arrojaron sus armas y salieron despavoridos, implorando perdón al Cielo. Simó alzó los brazos y exclamó:

—¡Dios, Dios! ¿Qué estamos haciendo?

Sostenía en su mano una cruz copta, unida a un rosario negro. El cura se lo había metido en la boca para morir rezando con lo que más le había ayudado a vivir: las cuentas de su rosario, hechas con huesos de aceituna del huerto de los olivos de Getsemaní, en Tierra Santa.

Simó estrenaba su gorra estrellada, se iniciaba en la misión patriótica de rematar a seres humanos. Enfurecido,

Àngel Font

arrojó el santo rosario contra el suelo y corrió detrás de sus soldados.

—¡Venid aquí, cabrones, sois unos hijos de puta! ¡Al..to! ¡Quedáis todos arrestados! ¡Yo también, todos estamos arrestados!

Tuvo una explosión interior, su conciencia volvió a ocupar el lugar que le correspondía al lado del corazón. La visión de un objeto tan sagrado para su familia como el rosario hizo brotar sus raíces cristianas.

—*¡Arrestaremos al cuartel entero, a rojos, fascistas, brigadistas, alemanes, checos, rusos! ¡España entera queda arrestada por sacrílega, por sacrílega y asesina! Esto no es ninguna guerra, esto es una revancha, la venganza de unos contra otros por pensar de modo distinto.* —En realidad Simó nunca habría podido llegar a una conclusión tan sencilla, su mente era mucho más elemental.

Se le obligó a ser soldado, se le militarizó por fuerza, como a todo el país. Luchaba en uno de los bandos sin que nadie le hubiera preguntado si era el suyo. Como la mayoría, no tenía ningún credo, sólo quería trabajar, comer, vivir, dormir, hacer el amor, tener una familia, llegar a viejo y morir en paz.

Sin saber cómo, se halló ante un ejército armado aprendiendo disciplina y acatando órdenes incuestionables, una vida que nunca quiso vivir. Se fue adaptando, igual que la mayoría. Aprendió a nadar y a guardar la ropa, a luchar para sobrevivir y a matar para no morir. Lo aprendió tan bien y siguió las normas de forma tan aplicada que le nombraron cabo. Al poco tiempo, fue ascendido a sargento por robar víveres a quienes los habían cultivado y cosechado, evitando así que los soldados pasaran hambre.

La cara amarga de la Iglesia

Por la gesta heroica de cargar con su capitán herido durante dos kilómetros hasta el destartado camión de la Cruz Roja, le concedieron el cargo de alférez. Y, finalmente, obtuvo las dos estrellas de teniente por haber sido uno de los cuatro supervivientes de la tragedia ocurrida en las calles de un pueblo, que fue masacrado con más de cincuenta muertos civiles y militares. Simó no quería estrellas, ni que le premiaran por sobrevivir. No obstante le pasaron de las trincheras al pelotón de ejecución.

Por primera vez, descubrió su condición de asesino ¿pasivo? Hasta entonces, se dirigía a sus hombres y les exhortaba:

—Sólo cumplimos órdenes, así que nosotros no tenemos nada que ver con esto.

—Pero, teniente, ¿no cree usted que podemos negarnos a cumplir las que van en contra de nuestra conciencia?

—Mira, chico: aquí, o pegas tú, o te pega el enemigo, o te pego dos hostias, elige.

No era militar de carrera ni por voluntad propia. Sus soldados se sentían más cerca de él que de los militares profesionales. Aligeraba su conciencia y aliviaba a su tropa echando las culpas al mando superior.

Ahora, agachado por el suelo, llorando, buscaba el rosario que arrancó de las entrañas de su última víctima. Cuando lo volvió a tener entre sus manos, lo limpió de saliva de mártir y polvo de tierra y lo guardó en su bolsillo. Con el puño cerrado, y apretando el crucifijo con su mano derecha, juró:

—Nadie me volverá a dar órdenes nunca. Jamás volveré a dañar a ningún ser humano, ni por la patria, ni por el capitán, ni por cobardía.

Àngel Font

Cuando llegó al cuartel, se presentó ante su jefe:

—Capitán, si quiere matar a más curas, hágalo usted, que ya tiene práctica —y le tiró el rosario a la cara.

—¡Firmes, Simó! —respondió su superior, envuelto en una gruesa nube de ira y de humo de su pitillo.

—Después de lo que acabo de hacer, ya no me pone firme nadie.

—¡Simó! Le voy a arrear un guantazo... ¡Póngase firme, coño!

Al ver que su recién ascendido teniente no le hacía caso, se plantó a pocos centímetros de su nariz y le dijo:

—La has cagado, imbécil.

Simó acabó la guerra de prisión en prisión y de juicio en juicio, hasta que los Salvadores de la Patria, el otro grupo fratricida, victorioso porque mató a más españoles — las guerras sólo las ganan los que han matado a más seres humanos—, le indultó. Regresó a casa con chinches, pulgas, piojos, sarna, hambre y amargura. Era un hombre prácticamente aniquilado. Había trabajado hasta quedar extenuado, cavado trincheras, luchado en diversos frentes, ganado dos estrellas y el cariño de soldados y prisioneros, pero cuando llegó la hora del retorno al hogar, del encuentro con los suyos y consigo mismo, se halló fuera de sí, de lugar y de toda comunicación con el resto de los mortales. Pensó que ya estaba muerto, que sólo le quedaba el entierro; por lo tanto decidió dar cumplida vuelta a la última página de su vida y regresar al paisaje que le había visto nacer.

La cara amarga de la Iglesia

Antes de la guerra vivía en una capital de comarca cercana a la frontera. Allí, los montes más altos de la mayor cordillera del país marcan la línea divisoria entre estados. Muy joven, casi de niño, se perdió con su padre mientras pasaba contrabando, una actividad legalmente punible pero oficialmente controlada y aceptada ya que, de no haber sido así, su pequeña ciudad habría desaparecido del mapa. De aquel día guardaba en su memoria la imagen que le haría soñar durante años: la ermita de la Virtuosa, una diminuta casa de piedra en lo alto de un monte coronado por un pequeño y hermoso prado.

Sin saber cómo, ni despedirse de nadie, sin orientarse, sin ropas ni nada que comer, volvió a perderse y vagó desorientado durante días hasta que encontró, por fin, el mismo paisaje que se repetía en todos sus sueños.

Dios y su nueva morada fueron generosos con Simó. Allí halló agua, fresas, moras, infinidad de plantas comestibles y varios árboles frutales que le permitieron sobrevivir. Llegó a su cementerio particular creyendo tener los días contados y acabó perdiendo la cuenta de los años. Jamás nadie le molestó, ni tuvo ningún pariente compasivo que le buscara.

Un año después de su deliberado entierro en vida, acudió a un convento de frailes, distante una semana a pie. Allí encontró la paz y el refugio de los hombres santos del Señor. Transcurrido otro año, y tomados sus primeros votos de castidad, pobreza y obediencia, solicitó volver a su vida de ermitaño, a lo que el padre abad accedió con la condición de que regresara pasados tres años para jurar los votos perpetuos. Fray Simó regresó a su ermita cargado de libros, tinta, papel, granos para

Àngel Font

la siembra, útiles para el cultivo y algunas crías de animales.

Contra todo pronóstico, fray Simó sobrevivió treinta años a su pesadilla de la guerra. Cuando ya no deseaba la muerte, reencontrada la paz que le hizo volver a sentir amor por la vida, sintiéndose feliz con sus gallinas, sus perros y sus gatos, sus cabras, sus campos de cultivo y su florido jardín, habiendo escrito todo cuanto recordaba, se halló ante sí y dijo:

—Éste es el punto final.

Años después hallaron el esqueleto de fray Simó entre las flores y las plantas de su cuidado paraíso. Aquella calavera parecía sonreír en paz, con la serenidad que encuentran los justos al abandonar su cuerpo, convencidos de ir en busca del Señor.

Los ateos afirman que, si los creyentes regresaran un instante después de morir, cambiarían su cara de beatitud por la de sorpresa. Tanta esperanza y fe para creer en los dogmas y misterios de la Iglesia, tantos sacrificios, caridad y paciencia cristiana con los demás, para hallarse con la nada después del último suspiro. Es como para alterar la expresión a un muerto. Pero nadie varía su semblante: todos permanecen con cara de felicidad, como si acabaran de ver al Señor. Por tanto, ¿tendrán razón los que viven alimentando su vida en la esperanza del Cielo prometido a los justos?

Convendrá pensar que Dios existe, aunque en nuestra pragmática generación resulta difícil creer en un ser tan poderoso y estricto; jamás deja que nadie regrese con la confirmación de su existencia. Para fray Simó, el teniente asesino, converso y juramentado, Dios

La cara amarga de la Iglesia

empezó a existir cuando le pegó un tiro al cura que tenía un rosario en su boca.

Fue una manera muy extraña de hallar el camino de la salvación, aunque no se haya dicho nunca que sea un camino fácil de encontrar y de recorrer.